

Mientras que la mayoría de las formas y tradiciones políticas de la izquierda europea se polinizaron unas a otras libremente más allá de las fronteras nacionales, el operaismo italiano de la década de 1960 fue en gran medida una experiencia sui generis en su tiempo. Merecedora de un considerable impacto intelectual en su país –la transformación de la sociología italiana mediante su proyecto de investigación obrera, y la producción de una tanda embriagadora aunque evanescente de revistas teóricas: Quaderni rossi; Classe operaia; Angelus novus; Contropiano– tuvo menos repercusión inmediata en el extranjero que la corriente más amplia en torno a Il Manifesto, cuya amplitud cultural y consistencia política eran de tipo diferente. Una condición para la existencia del operaismo fue la drástica expansión industrial de la década de 1950, dentro de una cultura ya profundamente teñida por dos partidos de masas dotados de su propia y animada vida cultural. El Partido Comunista Italiano contaba con unos dos millones de afiliados, mientras que el Partido Socialista de las décadas de posguerra estaba mucho más a la izquierda que la socialdemocracia de la Guerra Fría; ambos se vieron revitalizados por el deshielo que sobrevino tras el discurso secreto de Jruschov. El operaismo se caracterizaría por una hostilidad implacable contra el gramscianismo diluido de la perspectiva «nacional popular» del PCI («la Resistencia como un segundo Risorgimento») y por un compromiso con las metodologías antibhistoricistas y científicas. Los primeros pensadores operaisti surgieron principalmente de la izquierda del PSI, cuyo santo y seña de «autonomía» –que en su sentido original tenía una connotación de «para sí mismo»– siguió siendo una expresión clave. Una de sus figuras fundamentales, Raniero Panzieri (1921-1964), dirigió la revista teórica del PSI, Mondo operaio, desde 1957 a 1959; marginado por la dirección encabezada por Nenni, pasó a trabajar para Einaudi en Turín. Con la publicación en la misma editorial de Quaderni rossi en 1961 pudo reunir a pensadores afines como Luciano Della Mea en Milán, Antonio Negri y Massimo Cacciari en el Véneto y Mario Tronti en Roma. Nacido en una familia comunista de clase trabajadora en 1931, Tronti era afiliado al PCI desde principios de la década de 1950, mientras estudiaba filosofía en la Universidad de Roma. Tras su ruptura con los Quaderni rossi en 1964, pasó a dirigir Classe operaia, volviendo al PCI en 1967 para continuar el proyecto operaista dentro de sus filas y desarrollar un concepto de la «autonomía de lo político». En este número, publicamos un fragmento editado de las memorias de Tronti sobre el movimiento, Noi operaisti, publicadas por Derive Approdi en 2009. Polémico a la par que personal, ofrece una comparación esclarecedora entre la primavera de 1956 y el otoño caliente de 1969, y traza una distinción neta entre el operaismo clásico y su eco distante, la autonomía, que persistió en los márgenes contraculturales de las ciudades europeas desde finales de la década de 1970 hasta emerger con una forma más higiénica con Imperio, de Hardt y Negri, con el cambio de siglo.

MARIO TRONTI

NUESTRO OPERAISMO

El *operaismo* italiano de la década de 1960 comienza con el nacimiento de los *Quaderni rossi* y termina con la muerte de *Classe operaia*. Fin de la historia. Tal es el argumento. O, si se quiere –*si le grain ne meurt*– el *operaismo* se reproduce de otras maneras, reencarnado, transformado, corrompido y... perdido. Este texto nació en su momento del impulso de esclarecer la distinción intelectual entre *operaismo* y *post-operaismo*, o los movimientos de *autonomia* de finales de la década de 1970 y años posteriores. Luego los dulces placeres del recuerdo hicieron el resto. Si este «resto» es de buen gusto o sirve de algo hoy día corresponde juzgarlo a los lectores. Esta es mi verdad, basada en lo que creía entonces y en lo que no veo sino con mayor claridad hoy día. No quiero ofrecer una interpretación canónica del proyecto; pero esta es una de las posibles lecturas, lo bastante unilateral para reforzar la vieja y feliz idea de la investigación de parte, esa práctica teórica indigesta que nos formó.

Digo nosotros porque creo que puedo hablar por un puñado de personas inseparablemente unidas por un vínculo de amistad política, que compartían un nudo común de problemas como un «pensamiento vivido». Para nosotros, la distinción clásica amigo/enemigo no era tan sólo un concepto del enemigo, sino también una teoría y una práctica del amigo. Nos hicimos y hemos seguido siendo amigos porque descubrimos, políticamente, un enemigo común frente a nosotros; esto tuvo consecuencias que determinaron las decisiones intelectuales de aquel tiempo y los horizontes sucesivos. Trataré de hablar con sencillez, evitando el lenguaje literario. Sin embargo, es preciso decir que el *operaismo* de la década de 1960 forjó su propio «gran estilo» de escritura, cincelado, lúcido, polémico, con el que pensábamos que aferrábamos el ritmo de los obreros de la fábrica en lucha contra los patronos. Cada pasaje histórico genera su propia forma de representación simbólica. Partisanos semianalfabetos que se enfrentaban a los pelotones de fusilamiento nazis produjeron las *Lettere di condannati a morte della Resistenza*, una obra de arte¹. Asimismo, los muchachos que al amanecer permanecían de pie ante las puertas de la fábrica Mirafiori de Turín volvían a casa por la

¹ Piero Malvezzi y Giovanni Pirelli (eds.), *Lettere di condannati a morte della Resistenza italiana, 8 settembre 1943-25 aprile 1945*, Turín, 1952.

noche para leer *El alma y las formas* del joven Lukács. El pensamiento fuerte precisa de una escritura fuerte. Un sentido de la grandeza del conflicto despertó en nosotros una pasión por el estilo nietzscheano: hablar en un registro noble en nombre de los que están abajo.

Nunca he olvidado la lección que aprendimos a las puertas de las fábricas, cuando llegamos con nuestras pretenciosas octavillas, invitando a los trabajadores a unirse a la lucha anticapitalista. La respuesta, siempre la misma, venía de las manos que aceptaban nuestros trozos de papel. Se reían y decían: «¿Qué es? ¿Dinero?». Una «ruda raza pagana», en efecto. No se trataba del mandato burgués, *enrichissez-vous*; era la palabra «salarios» presentada como una respuesta objetivamente antagonista a la palabra «ganancia». El *operaismo* reelaboró la brillante frase de Marx –el proletariado, alcanzando su emancipación, liberará a toda la humanidad– y la transformó en la siguiente: la clase obrera, siguiendo sus propios intereses parciales, crea una crisis general de las relaciones de capital. El *operaismo* marcó un modo de pensar políticamente. El pensamiento y la historia se dieron de bruces en un choque directo e inmediato. *Lo que es* tenía que ser expuesto al análisis, la reflexión, la crítica y el juicio. Lo que fue dicho y escrito sobre el mismo vino más tarde.

La exposición biográfica que sigue conserva un elemento de ambigüedad entre los registros personal y generacional. Pero debo decir desde el primer momento que mi *operaismo* fue de tipo comunista. No es este el caso de la mayoría, incluso en los primeros tiempos; los miembros del partido nunca fueron una mayoría dentro del *operaismo* italiano, ni predominaron en *Quaderni rossi* o *Classe operaia*; la combinación tal vez fuera mi problema personal. Aquí describiré los *Lehrjahre* –los años formativos de aprendizaje– de los *operaisti*, una fracción generacional limitada pero importante. Siendo un tosco historiador de los acontecimientos, así como de las ideas, intentaré explicar las primeras y complicadas puñaladas contra el argumento *operaista* y algo de lo que vino después.

La ruptura del cincuenta y seis

Una fecha clave surge como lugar estratégico para todos nosotros: 1956. Varias cosas hicieron «inolvidable» aquel año, pero haré hincapié sobre la transición –de hecho, la ruptura epistemológica– de una verdad de partido a una verdad de clase. El arco temporal entre el XX Congreso del PCUS y los acontecimientos de Hungría constituyeron una secuencia de saltos de conciencia de una joven generación de intelectuales. Tuve la sensación, antes de llegar a pensarlo conscientemente, de que el siglo xx terminaba allí. Despertamos del sueño dogmático de la historicidad. En Italia, el imperio del nombre propio, ya fuera como sustantivo o como adjetivo, materialista o idealista –la línea De Sanctis-Labriola-Croce-Gramsci–, había ejercido una hegemonía cultural sin parangón en Italia. Gracias al carisma de Togliatti, un poderoso grupo de dirigentes del PCI se formó en torno a la misma durante el periodo de posgue-

rra, y ahora se disponía a ponerla manos a la obra. En el Instituto Gramsci uno podía encontrarse a militantes del partido con puestos en la dirección o en el secretariado. No escribían libros ni se hacían con los servicios de improbables «negros» para que los escribieran. Leían libros. Y, entre una iniciativa y otra, discutían lo que pensaban al respecto.

Un día un personaje de aires extraños llegó de Sicilia –había sido profesor en Messina: alto, enjuto, de nariz aguileña y semblante duro–. Hablaba un lenguaje difícil, y su escritura era aún más difícil de entender. Pero Della Volpe desmontó, pieza a pieza, la línea cultural de los comunistas italianos, haciendo caso omiso de lealtades ortodoxas². Siendo sinceros: nos libramos de lo «nacional-popular» gramsciano del PCI, pero se nos quedó adherido un cierto aristocratismo intelectual. La comprensión era más importante que la persuasión; el afán del concepto creaba dificultades con la palabra. Hoy es cierto lo contrario –la facilidad del discurso significa prescindir del pensamiento–. El enfoque que adoptamos entonces se presenta aún más valioso ahora, cuando el triunfo de la vulgaridad mediatizada sobre el lenguaje político es completa. La nuestra fue una escuela de rigor intelectual ascético, cuyo precio fue un aislamiento un poco autorreferencial. La ciencia contra la ideología –tal era el paradigma–. Marx *contra* Hegel, como Galileo contra los escolásticos, o Aristóteles contra los platónicos. Entonces, en líneas generales, dejamos atrás aquel esquema en lo que atañe al contenido, aunque tuvimos sus lecciones en lo que respecta al método. Pensándolo bien, precisamente por tal motivo, desde 1956 en adelante, mientras que otros –la mayoría– estaban redescubriendo el valor de las libertades burguesas, a unos pocos nos fue dado, paso a paso, mediante ensayo y error, el descubrimiento de los horizontes de la libertad comunista.

Aún no tengo las ideas claras acerca de la elección de la táctica política en aquel momento –no acerca de lo que era «correcto», sino de lo que habría sido más útil–. Es cierto que a veces es poco lo que depende de las propias decisiones y mucho lo que depende de las circunstancias, las aperturas y los encuentros. Pero teníamos otro camino abierto ante nosotros en 1956: el del crecimiento político dentro de la afiliación masiva al PCI, cuya dirección se había embarcado en un periodo de «renovación constante». ¿Qué habría implicado este segundo camino? Una larga marcha a través de la organización; un sacrificio cultural en el altar de la praxis; el ejercicio de aquella categoría política del Renacimiento, el «disimulo honesto». En mi formación personal, Togliatti fue el político consumado *par excellence*. Me pregunto si habría sido posible ser togliattiano, pero con una diferente cultura –y respondo: sí–. La política tiene su propia autonomía, incluso respecto al marco cultural que la sostiene y en ocasiones la legitima. Nos dejamos arrastrar por el placer fascinante del pensamiento alternativo. Pero queda la duda persistente de si el otro camino pudiera haber sido el correcto: decir un poco menos y hacer algo más. El descubrimiento teóri-

² Véase también Galvano Della Volpe, «The Marxist Critique of Rousseau», *NLR* I/59 (enero-febrero de 1970), y «Settling Accounts with the Russian Formalists», *NLR* I/113-114 (enero-abril de 1979).

co de la «autonomía de lo político» tuvo lugar dentro de la experiencia práctica del *operaismo*; solo su elaboración histórico-conceptual llegó más tarde –y, con ella, la conciencia de que no se había conseguido llegar a una síntesis de «dentro y contra».

Hace unos años, escribí: «Nosotros, los jóvenes intelectuales comunistas, teníamos razón cuando nos pusimos del lado de los sublevados húngaros. Pero –y esta es la paradoja de la revolución en Occidente– el Estado socialista no se equivocó poniendo fin a la contienda con los tanques»³. Se trata de una de esas frases que hasta los amigos más íntimos, precisamente porque te aprecian, pretenden no haber leído nunca. Sin embargo, resolver este enigma edípico del movimiento obrero del siglo xx era precisamente la tarea que teníamos que arrostrar. Es fácil elegir entre un bien y un mal; lo difícil es cuando tienes que elegir entre dos bienes, cuando ambos pertenecen a tu bando. El dilema consiste en seguir la pasión de la pertenencia o el cálculo de posibilidades. Los dos bienes de 1956 eran también los dos males, que separaban a aquellos que sólo veían el desarrollo posible de lo que habría de llamarse «socialismo con rostro humano» de aquellos cuyo único criterio era el control inmediato sobre los emplazamientos, en el fuego cruzado entre dos bloques contrapuestos.

Sin embargo, uno de los análisis críticos más importantes del sistema soviético vino del *operaismo*. *Operai e sistema sovietico*, de Rita Di Leo, demostró que partir del punto de vista de los trabajadores permitía comprender mucho más que la fábrica capitalista⁴. En aquel trabajo, el experimento político *par excellence* de los trabajadores era puesto en juego críticamente. No dejó de ser un análisis sumamente aislado: la verdad y el hecho coincidían en él demasiado para que fuera bienvenido por las dos ideologías dominantes y contrapuestas.

Una Bildungsroman

A principios de la década de 1960 un grupo *operaista* comenzó a formarse espontáneamente. No en el sentido en que los «grupos» terminaron institucionalizándose a principios de la década de 1970. El nuestro fue un modo original y completamente informal de reunirnos, política y culturalmente. Resulta extraño hasta qué punto, con el tiempo, ha permanecido una especie de afecto mutuo, incluso entre aquellos compañeros que no hicieron el mismo trayecto desde *Quaderni rossi* a *Classe operaia*. Continúo sintiendo una profunda simpatía, recordando las calidades humanas de personas como Bianca Beccalli, Dario y Liliana Lanzardo, Mario Miegge, Giovanni Mottura, Vittorio Rieser, Edda Saccomani, Michele Salvati y otros. *Quaderni rossi* era un hermoso nombre para una revista, dotado de una simplicidad evocadora, elocuente por sí misma. «Cuadernos» expresaba la voluntad de investigación, análisis y estudio. El rojo de la cubierta era el signo de una

³ Mario Tronti, *La politica al tramonto*, Turín, Einaudi, 1998.

⁴ Rita Di Leo, *Operai e sistema sovietico*, Bari, Laterza, 1970.

decisión, la apuesta por ser *esto*. Comenzar la escritura, y por lo tanto la lectura, por la portada –negro sobre rojo– fue una brillante idea de Panzieri.

Raniero –murió en 1964, con cuarenta y tres años– fue una de aquellas personas destinadas a permanecer poco tiempo en esta tierra. Lo bastante, sin embargo, para dejar una huella. Recordándole hoy, pensando sobre él de nuevo, siento una nostalgia por una humanidad política perdida. No era un héroe romántico por naturaleza, pero llegó a serlo por la fuerza de las circunstancias. Quiso pasar de ser un organizador del *operaismo* a ser el organizador de la cultura obrera. Pero no podía organizar verdaderamente nada. Ahí residía el encanto de sus limitaciones, tan parecidas a las nuestras –a la mía en particular– que nos hacían sentirnos cercanos a él. El Marx de Panzieri era el de Luxemburg, no el de Lenin. Como Rosa, leía *El capital* e imaginaba la revolución. A diferencia de Lenin, que leía *El capital* para organizar la revolución. No era, y no podría haber sido nunca, un comunista. Su tradición era la del sindicalismo revolucionario, con una dosis del socialismo anárquico que el viejo PSI siempre llevó en su seno. Pero el «control obrero» era una palabra mágica que nos despertó de aquel otro sueño dogmático –el «partido de todo el pueblo» de los socialistas.

Caminar de noche con Raniero por las calles de Roma y Milán –no por la odiada Turín– era comprender la idea de Benjamin de «perderse a sí mismo» por las calles de una ciudad. Hay también un arte de perderse a sí mismo en la *polis* –la de la política; hicimos todo lo que pudimos para dominar ese arte–. Más de una vez nos perdimos y nos reencontramos en la frontera que separa a uno y otro bando, sin cruzarla jamás. Preferíamos a los patronos ilustrados, pero sólo para combatir mejor la guerra que nos interesaba. No estábamos enamorados de la democracia progresiva, pero la utilizamos como un campo de lucha más avanzado. Intuitivamente, reconocimos a los reformistas de la izquierda como serios funcionarios del intelecto general capitalista (que hoy reina en el plano euroglobal). Valorábamos el impulso movimentista como una pasión antes que como un hecho. Aquello en lo que pensábamos constantemente –y practicábamos, un asunto mucho más serio– era en un acontecimiento de la imaginación política.

Quaderni rossi encendió las luces dentro de la fábrica, ajustó las lentes e hizo una fotografía en la que las relaciones de producción destacaban con asombrosa claridad. Con independencia de cuanto se haya dicho sobre los intelectuales ex *operaisti*, todos coinciden en que los análisis de sus investigaciones obreras eran «lúcidos». El *operaismo* inauguró una nueva modalidad de compromiso en la sociología: la metodología weberiana mezclada con la política del análisis marxista. En este sentido, considerando las cosas retrospectivamente, entre *Quaderni rossi* y *Classe operaia*, o entre Vittorio Rieser y Romano Alquati, había menos desacuerdos de lo que pensamos en su momento. La deuda de la sociología italiana hacia el *operaismo* es reconocida ahora por todos; pero era también un contexto en el que se concibieron nuevas modalidades de historia. Umberto Coldagelli y Gaspare De Caro abrieron un camino crítico con sus «Hipótesis marxistas de investigación sobre la historia con-

temporánea», en el núm. 3 de *Quaderni rossi*. Coldagelli empezó su larga incursión en la historia política e institucional de Francia; Sergio Bologna empezó su investigación sobre Alemania, el nazismo y la clase obrera.

Pasos por el purgatorio

Nuestro desacuerdo con Panzieri y los sociólogos de *Quaderni rossi* versaba sobre la idea y la práctica de la política, eso es todo. La primacía de la política estuvo presente desde el principio en *Classe operaia*, que empezó a publicarse en 1963 como «publicación mensual de los obreros en lucha». El lema de mi editorial, «Lenin en Inglaterra», en el primer número —«primero los obreros, luego el capital»; es decir, las luchas obreras marcan el curso del desarrollo capitalista— era la política: voluntad, decisión, organización, conflicto. El movimiento que condujo del análisis de las condiciones obreras, como *Quaderni rossi* continuó haciendo, a la intervención en las reivindicaciones que planteaban para sus intereses de clase, fue lo que dio significado al salto de la revista a la publicación mensual. Y si *Quaderni rossi* llevó a cabo una innovación de contenido, *Classe operaia* fue también una revolución en las formas. La elección del formato gráfico fue una cuestión de artesanía de primer nivel; poetas y escritores, de Babel a Brecht, de Maiakovski a Éluard, poblaron sus páginas; fue pionera en el uso de la tira cómica de sátira política —el dragón victorioso expulsando a un San Jorge que se da a la fuga, en una inversión de la relación entre amo y esclavo. Concebíamos *Classe operaia* como el *Politecnico* —la legendaria publicación mensual de posguerra— de los obreros de fábrica.

En la cabecera en rojo de la publicación podían leerse las palabras de Marx: «Pero la revolución es concienzuda. Todavía está pasando por el purgatorio. Lleva a cabo su cometido metódicamente». *Die Revolution ist gründlich*. La traducción/interpretación de Togliatti: va al fondo de las cosas. No está mal. El *aber* [pero] inicial es decisivo: una duda significativa. Hoy ya no sabemos si continúa trabajando metódicamente o acaso precariamente, o si en realidad se ha retirado. Los largos y lentos periodos de restauración son propensos —más que otras épocas— a los fuegos fatuos de la ilusión revolucionaria; entre 1848 y 1871, Marx vio varios de ellos. Desde nuestro pequeño rincón vimos otros, y más tarde este sería uno de los criterios de selección de aquellos que llevaron la experiencia *operaista* al campo de batalla. Hoy, la famosa escisión dentro de *Quaderni rossi* puede parecer, en un primer momento, haberse debido a la incompatibilidad de figuras como Panzieri y Romano Alquati. Se reunieron partiendo de un proyecto compartido de investigación, pero no podían coexistir. En Alquati, el desaliño intelectual era elevado a la categoría de lo genial. Él no veía tanto lo que ya existe como lo que está naciendo. Nos decía que sólo cuando se hizo adulto, cuando finalmente pudo comprarse unas gafas, se dio cuenta de que los campos eran verdes. Alquati inventaba y, por lo tanto, intuía; decía que siempre iba un paso por delante. Pero fue él el que nos enseñó cómo libraban su batalla los jóvenes obreros de la FIAT.

Dicho de otra manera, montamos un magnífico manicomio. Durante nuestras reuniones, nos pasábamos la mitad del tiempo hablando y el resto riendo. Y, aparte de unos cuantos militantes de base del PCI, nunca he conocido personas de mayor valor humano que aquellas con las que trabajé al principio en *Quaderni rossi* y luego en *Classe operaia*: intervenciones públicas tan desinteresadas, libres de toda ambición personal; un sentido tan franco del compromiso y, en particular, un modo tan desencantado de compartir el trabajo colectivo. Los compañeros de *Quaderni rossi* son más conocidos, y han sido perdonados por los tiempos hostiles sucesivos, acogidos en el Parnaso de los bienintencionados. Los compañeros de *Classe operaia* son menos citados y suelen ser más denunciados; les recuerdo con infinita nostalgia. Estos jóvenes hombres y mujeres no teorizaron «un nuevo modo de hacer política». Lo practicaban.

Nuestro operaismo

Así, pues, ¿qué es el *operaismo*? Una experiencia de formación intelectual, con años de noviciado y peregrinaje; un episodio de la historia del movimiento obrero, oscilante entre las formas de lucha y las soluciones organizativas; un intento de romper con la ortodoxia marxista, en Italia y más allá, acerca de las relaciones entre obreros y capital; una tentativa de revolución cultural en Occidente. En este último sentido, el *operaismo* fue también un acontecimiento específico del siglo xx. Surgió en el momento preciso de transición cuando la grandeza trágica del siglo se volvió contra sí misma, pasando de un estado de excepción permanente a un nuevo tiempo «normal», sin época. Volviendo la vista a la década de 1960, podemos ver que aquellos años cumplieron una función transicional. El máximo desorden renovó el orden existente. Todo cambió para que todo lo esencial siguiera siendo lo mismo.

El obrero de fábrica que nos encontramos era una figura del siglo xx. Nunca usamos el término «proletariado»: «nuestros» obreros no eran como los del Manchester de Engels, sino más como los de Detroit. No nos llevábamos a las fábricas *La condición de la clase obrera en Inglaterra en 1844*, sino que llevábamos la lucha de los obreros contra el trabajo a los *Grundrisse*. No nos movía una revuelta ética contra la explotación de fábrica, sino la admisión política por las prácticas de insubordinación que ellos inventaron. A nuestro *operaismo* debe reconocérsele el mérito de no haber caído en la trampa del tercermundismo, del campo contra la ciudad, de las largas marchas campesinas. Nunca fuimos chinos y la Revolución Cultural oriental nos encontró fríos, desafectos, algo más que escépticos y, a decir verdad, muy críticos con ella. El rojo era y sigue siendo nuestro color favorito; pero sabemos que, cuando los guardias o las brigadas lo adoptan, sólo pueden venir con el mismo los peores aspectos de la historia humana.

Sin embargo, dimos la bienvenida al hecho de que los obreros del siglo xx desbarataran la «larga y gloriosa» historia de las clases bajas, con sus rebeliones desesperadas, sus herejías milenarias y sus reiterados y generosos

intentos –siempre terriblemente reprimidos– de romper sus cadenas. En las grandes fábricas, el conflicto era casi igual. Ganábamos y perdíamos, de un día para otro, en una guerra de trincheras permanente. Estábamos entusiasmados por las formas de lucha, pero también por su sentido de la oportunidad, los momentos escogidos, las condiciones impuestas, los objetivos perseguidos y los medios empleados para conseguirlos: no exigir más de lo que era posible ni menos de lo que podía ser conseguido. Otro descubrimiento perspicaz fue darse cuenta de que, durante la larga fase de aparente quietud en la FIAT –desde 1955 (la derrota en las elecciones al comité de empresa) hasta el retorno de las luchas generales por el contrato en 1962– no había habido pasividad obrera, sino otro tipo de lucha salvaje: el *salto della scocca* [*salto del chasis*], el sabotaje en la línea de montaje, el uso insubordinado de los horarios de producción tayloristas.

Sí, estos obreros eran los hijos de los obreros antifascistas de 1943, que rescataron los almacenes y la maquinaria de la destrucción nazi. Pero también eran los herederos de las ocupaciones de fábricas de los años revolucionarios, 1919-1929, cuando la bandera roja ondeó sobre las fábricas, testimonio de la voluntad de hacer como en Rusia. En la concentración forzosa del trabajo industrial en Italia entre la década de 1950 y 1960, las necesidades de un desarrollo capitalista atropellado crearon un crisol sin precedentes de experiencias históricas, necesidades cotidianas, descontento sindical y reivindicaciones políticas; esto era lo que los *operaisti* intentaban –ingenuamente, sin duda– interpretar. Bendita ingenuidad que nos hizo –Fortini no se equivocaba– «tan sabios como palomas». El *operaismo* fue nuestra universidad; nos licenciamos en lucha de clases –lo que nos dio derecho no a enseñar, sino a vivir–. El punto de vista obrero se tornó en un medio político de ver el mundo, y en un modo humano de operar en él, permaneciendo siempre en el mismo bando. El hecho es que toda la historia de la primera mitad del siglo xx convergió en la figura del obrero masa; solo el sujeto obrero que surgió en aquel periodo, entre 1914 y 1945, y creció después, podía alcanzar la cima de aquella historia.

Sin embargo, con la década de 1960 ya estábamos entrando en la mitad descendente del siglo; sólo el curso miserable de las décadas posteriores, a finales del siglo y más allá de este, podría hacer que pareciera una estación milagrosa de nuevos despertares. La diferencia cualitativa entre malestar y revolución exige una investigación más profunda. Criticar al poder es una cosa, y hacer que entre en crisis otra cosa distinta. La emancipación del individuo de la década de 1960 condujo a la restauración del viejo equilibrio de fuerzas, bruñido ahora con algunas nuevas reformas. Fuimos las víctimas sacrificadas en el altar de este proceso, lo que no fue una anomalía, sino un rasgo normal de la política. Comprender esto no es suficiente para darle la vuelta, pero es una precondition necesaria. Toda la discusión sobre la «autonomía de lo político» –que tuvo se origen en el *operaismo* y se extendió a partir de este– giraba en torno a esto. Las luchas obreras determinan el curso del desarrollo capitalista; pero el desarrollo capitalista utilizará esas luchas para sus propios fines si no se abre un proceso revolucionario, capaz

de cambiar ese equilibrio de fuerzas. Resulta fácil ver esto en el caso de las luchas sociales en las que todo el aparato sistémico de dominación se recolecta, se reforma, se democratiza y se estabiliza de nuevo.

Una paradoja: las luchas culturalmente más atrasadas –por la «emancipación»– tuvieron consecuencias sociales que fueron favorables para el movimiento obrero, forzando al capital a hacer concesiones: el Estado del bienestar, las reformas constitucionales, el papel de los sindicatos y los partidos. Sin embargo, las luchas más avanzadas culturalmente –por la liberación– fueron el preludio de un resurgimiento revanchista del capitalismo, la *pensée unique* de una sola forma social posible y la subordinación de todo lo humano a una teoría y una práctica universales de la vida burguesa. ¿Acaso, como repetían al unísono conservadores y liberales, las primeras luchas eran justas y las segundas no? Creo que debemos buscar otra explicación. En las luchas por la emancipación, el movimiento obrero organizado desempeñaba un papel central y activo. En las luchas por la liberación, lo que desempeñó un papel activo fue la crisis de ese movimiento –y, paradójicamente, las luchas exacerbaban esa crisis–. ¿Funcionó también el *operaismo* de esta manera? Dejo la cuestión abierta.

El operaismo y el PCI

Sin embargo, hay un mero hecho que no podría ser eliminado por un acto de voluntad política. Buena parte de quienes componían la «subjetividad alternativa» de la década de 1960 se habían formado fuera y, en cierta medida, se orientaban contra las formas institucionales y oficiales del movimiento obrero y sus partidos. De esta suerte, en 1962, la contienda de los obreros de la FIAT por un nuevo contrato se tornó en ocasión de una extraordinaria agitación pública, que se hizo sentir en todo el ámbito nacional. Aprendimos que ese era el modo de operar de la centralidad de la clase obrera en la práctica: devolver a la agenda del país, cada vez que estallaba, la propuesta de Brecht a la conferencia antifascista de París en 1935: «Camaradas, ¡hablemos de las relaciones de propiedad!». Sin embargo, el PCI no se afanó en su función asignada de traducir las grandes luchas obreras de principios de la década de 1960 a la alta política. A diferencia de cuanto se suele pensar, el «partido de la clase obrera» estaba más dispuesto a escuchar al 68 de los estudiantes que al 69 de los obreros italianos. (Y aquí también tenemos una prueba *ex post facto*: en los años posteriores, la dirección del partido se reabasteció mucho más entre las filas de los estudiantes que entre las de los obreros). Al mismo tiempo, se desarrolló un anticomunismo izquierdista que requiere un análisis histórico. En este caso, era fundamentalmente anti-PCI, y se componía de fuerzas intelectuales que continúan existiendo hoy en día (pese a la desaparición de su adversario) y que crecieron bajo el signo de un movimiento, una generación, una perspectiva; un modo de sentir, de intimidad y de comunicación antes que un modo de ser, de pensamiento y de lucha. A las vanguardias de aquellos días se ha sumado ahora un ejército de arrepentidos.

Este fenómeno se intensificó tras la muerte de Togliatti en 1964, no sólo porque la capacidad real de mediación del partido se vio mermada, sino también por las profundas transformaciones que estaban teniendo lugar dentro de la sociedad italiana. El capitalismo moderno sólo despegó verdaderamente en Italia a finales de la década de 1950 y principios de la de 1960, conduciendo a la extinción final del viejo y pequeño mundo de la sociedad civil, incrustado en la memoria del siglo XIX. La «Italieta» estrecha de miras del Risorgimento todavía pesaba sobre quienes habíamos nacido en la década de 1930; aprenderíamos más estudiando aquella década que habiendo vivido todas las sucesivas. Estábamos vacunados contra la enfermedad *veteroitalica*. Toda la historia italiana anterior había sido hasta entonces una historia menor del siglo XX. Quienes intentábamos pensar de un modo moderno y desencantado notábamos su peso sobre nuestros hombros—desde las limitaciones de la lengua italiana a la ceguera de su cultura—. Mientras descubríamos, leyendo a Locke y Montesquieu, y estudiando el modelo de Westminster, que toda la época prefascista fue, al fin y al cabo, una caricatura de los sistemas liberales occidentales. Y que los dos «bienios rojos», tan diferentes entre sí—1919-1920 y 1945-1946—, fueron momentos mágicos que sólo podían haber surgido de las cenizas de dos grandes guerras.

La fuerza tranquila del PCI consistía en colocarse dentro de esta historia menor de *longue durée*, achicando sus objetivos, poniendo fin a toda irreflexión, organizando un «qué hacer» que nunca iba más allá de lo posible, procurando no tratar nunca de alcanzar lo imposible. Lo «nacional-popular» del PCI fue una *bête noire* para nosotros los *operaisti*, en el ámbito de la cultura antes incluso que en el de la política; esto fue algo que entendimos desde muy temprano. Nuestro compañero Alberto Asor Rosa escribió *Scrittori e popolo* en 1964, con treinta años; un ensayo sobre—y contra—la literatura populista en Italia⁵. Su libro marcó los comienzos de una crisis en un aspecto de la cultura política italiana que había continuado siendo hegemónico hasta entonces. Sin embargo, sin aquella política popular—y no populista—, nunca habríamos tenido razones para cantar «*Avanti, avanti, il gran partito noi siamo dei lavoratori...*». La verdadera fuerza del PCI fue su estrategia deliberada de arraigarse, lúcida y culturalmente, en el pueblo que había surgido de esa historia.

Es un tópico decir que el PCI era la verdadera socialdemocracia italiana. No es cierto. Antes bien, era la versión italiana de un partido comunista. La vía italiana hacia el socialismo tenía una larga historia, que se adentraba en la distancia histórica: detrás de nosotros estaba la historia de una nación, la realidad de un pueblo, la tradición de una cultura. La vida y la obra de Gramsci sintetizaron estas cosas y transmitieron su legado intelectual a la acción política totalizadora de Togliatti. Así, pues, el reformismo fue, en un sentido original, la forma política que cobró el proceso revolucionario en aquel contexto. Este ciclo terminó con la disolución del mito

⁵ Alberto Asor Rosa, *Scrittori e popolo*, Roma, Saponà e Savelli, 1965.

del retraso capitalista, que persistió durante mucho tiempo en el PCI, incluso durante el ascenso del desarrollo capitalista en Italia. La facción más ortodoxa de Togliatti, el grupo de Amendola, cultivaba este mito más allá de lo justificable, y hacía del mismo la base social de un sentido común cultural. Aquí se produjo la escisión entre el partido y las jóvenes fuerzas intelectuales emergentes, que encontraron respaldo en parte del sector sindical, sobre todo en el norte, y en las filas impacientes del partido⁶.

De hecho, las luchas obreras del norte de Italia en la década de 1960 fueron más parecidas a las del New Deal en Estados Unidos que las de los jornaleros campesinos del sur de Italia en la década de 1950. El labrador de Apulia que se convertía en obrero masa en Turín era el símbolo del final de la historia de la «Italieta». Togliatti mantenía un firme control de los aspectos superestructurales y políticos del primer centro-izquierda, pero era incapaz de ver las causas sociales y materiales que los habían producido y el papel central de la gran fábrica. *Quaderni rossi* y *Classe operaia* veían las cosas con mayor claridad que las revistas del PCI, *Società* y *Rinascita*, el nexo fábrica-sociedad-política como el lugar estratégico en el que se producían las transformaciones capitalistas. Basta ojear las páginas de las revistas de los *operaisti*: cartas desde las fábricas, análisis *in situ* de la reestructuración del proceso de producción, valoraciones de estrategias de la dirección, crítica de reivindicaciones, evaluación de contratos, intervenciones en luchas, cuestiones internacionales; así como editoriales sobre las cuestiones políticas principales del momento.

Cultura de la crisis

La hipótesis según la cual la cadena tenía que ser rota no donde el capital era más débil, sino donde la clase obrera era más fuerte, marcó la agenda *operaista*. Ni siquiera hoy estoy seguro de si el gusto por la aventura intelectual y el ejercicio de la responsabilidad política pueden ser verdaderamente compatibles; sin embargo, coexistieron para nosotros en las amistades políticas que nacieron a partir de ambas. Si sus frutos no fueron copiosos, al menos encontramos un modo de sobrevivir, con una placentera *hominis dignitate*, en un mundo hostil. En este sentido, nuestro *operismo* fue esencialmente una forma de revolución cultural, que produjo importantes figuras intelectuales en vez de determinar acontecimientos históricos. Más que un modo de hacer política, definió un modo de hacer política cultural. Se trataba de una cultura seria, elevada: especialización sin academización, encaminada a una práctica con coherencia estratégica y profundidad histórica. Se trataba de restaurar, o tal vez de implantar, una aristocracia posproletaria del pueblo contra la deriva existente de un populismo burgués. Vimos un sujeto sin forma –o, más bien, con una forma histórica tradicional que estaba en crisis–. Nuestro nuevo sujeto social, el obrero masa,

⁶ Para el debate interno del PCI, véase *NLR* I/13-14 (enero-abril de 1962).

ya no cabía en la vieja forma política. Un sujeto que nace de una crisis es un sujeto crítico. Más tarde se desarrollaría una historia de amor apasionada entre el *operaismo* y el pensamiento centroeuropeo del siglo XIX: un amor que no fue defraudado, y que diría que fue correspondido, habida cuenta de la obra producida dentro de ese marco. Basta echar una ojeada a revistas tales como *Angelus Novus*, *Contropiano* y, más tarde –hasta cierto punto– *Laboratorio político*, para convencerse de que, para nosotros, la comunicación nunca ha estado separada del pensamiento.

Ha corrido mucha tinta en controversias sobre el antihegelianismo en el *operaismo* italiano. El hegelianismo podía encontrarse, ante todo, en aquella ideología de los trabajadores como una «clase universal», saturada de ética kantiana en la época de la Segunda Internacional, y con el materialismo dialéctico en la de la Tercera. Aquella imagen del proletariado, que «liberándose a sí mismo libera a toda la humanidad», presente en el Marx del siglo XIX, fue hecha añicos por el grito de Munch, al que siguió el derrumbe de todas las formas a comienzos del siglo XX. Aquí hablamos de las vanguardias artísticas, pero también de las científicas y filosóficas, y de la revolución de todas las demás formas humanas colectivas, sociales, económicas y políticas, bajo el impacto trágico –¡1914!– de la primera gran guerra civil europea y global. La corriente del progreso humano –la *belle époque*– se estrelló contra el muro de la peor masacre jamás vista. Pero allí donde hay peligro, crece también lo que salva. De aquel *infierno* surgió el principio de esperanza: el experimento revolucionario más avanzado jamás emprendido. Fueron los bolcheviques, solos y malditos, los que dieron el salto; todo cuanto vino después, en el curso de aquel experimento, no puede anular la gratitud que la humanidad debe a aquel esfuerzo heroico. No hace falta ser comunista para entender esto. Y quien no lo entienda –o no quiera entenderlo– está perdiendo una parte del alma que precisan para existir y actuar políticamente en este mundo. Tuvimos la buena suerte de empezar con este pensamiento. Añadimos la *virtù* de la «perspectiva obrera», y así comenzó la aventura intelectual que aquí narramos.

Crítica de 1968

Dos buenos golpes del destino: vivimos 1956 cuando aún éramos jóvenes, y 1968 cuando habíamos dejado de serlo. Esto nos permitió comprender el meollo político que se ocultaba bajo la costra ideológica de aquellas fechas. Pudimos responder a 1956 sin la constricción de los grilletes históricos que pesaron sobre la generación anterior; pudimos aferrar las posibilidades que abrió. Fue un tiempo en el que la historia y la política estaban en pleno movimiento, imponiéndose en la vida cotidiana; no teníamos otra opción que intervenir en los acontecimientos, ponernos en cuestión, tomar decisiones, elegir entre dos bandos. Nunca acepté las ideas de bien y mal utilizadas por la Iglesia para domesticar a los fieles. Pero la dura experiencia me hizo comprender que el mal significa esos largos y sombríos periodos en los que nada sucede; el bien se manifiesta cuando uno se ve forzado a tomar partido; la caída en el pecado nos despierta a la li-

bertad. Del mismo modo, el nihilismo no es el producto de periodos oscuros de barbarie, sino de falsos atisbos de civilización –contra los cuales no es la peor de las respuestas.

No había lugar para los retozos narcisistas o el análisis del inconsciente en 1956 –al menos, no en aquel atribulado territorio que era el movimiento comunista internacional–. La calamidad política desencadenó una gran crisis cultural. Poco a poco, a medida que se extendían los acontecimientos dramáticos –el XX Congreso del PCUS, el discurso secreto de Jruschov, la revuelta húngara y su destrucción–, todo fue explicado. Los mandarines de Togliatti se movían con pies de plomo entre las contradicciones del sistema soviético, vulgarizando el edicto de Gramsci contra Croce: menos dialéctica de opuestos, más dialéctica de diferencias. Eramos jóvenes y libres de espíritu: por más ingenuo que parezca, queríamos claridad antes que confusión, y sin embargo se nos ofreció un delicado *chiaroscuro*. Fue el primer «no» –agónico pero enfático– que dimos a los dirigentes del partido. Como no habíamos vivido la guerra contra el fascismo, no sentíamos ese vínculo de hierro con la patria socialista: no se había vuelto el centro de nuestras vidas. Para nuestros mayores, el antifascismo había sido un imperativo político y moral, capaz de dejar su sello para siempre en la propia existencia; un compromiso de gran intensidad humana, al que ningún corazón pensante podía sustraerse en el clima de aquellos años. Nacidos en la década de 1930, éramos demasiado jóvenes para la resistencia antifascista, y nunca temimos en el periodo de posguerra una vuelta del fascismo. Como militantes, vivimos la Guerra Fría como un «choque de civilizaciones», no un conflicto por esferas de influencia. Desde entonces no hubo lugar en nuestro pensamiento para las «*sorti magnifiche e progressive*». El comunismo ya no era la última estación de una vía férrea que conducía inexorablemente a la humanidad hacia el progreso. Siguiendo a Marx, sería la autocritica del presente; siguiendo a Lenin, sería la organización de una fuerza capaz de romper el eslabón más débil de la cadena de la historia.

Esta reiteración de 1956 no es excesiva. Sin aquel salto, el *operaismo* nunca habría existido: no habríamos tenido las «Tesis sobre el control obrero» de Panzieri, ni nos habríamos agrupado, como intelectuales de la crisis⁷. Sin embargo, sí habría habido un 1968 –surgió de otras raíces, de los imperativos modernizadores de la sociedad capitalista–, pero tal vez habría cobrado una forma diferente, con más *flower children* y menos aprendices de revolucionarios. Asistimos a 1968 como adultos, lo que fue otro golpe de suerte, porque haber vivir aquel año en la propia juventud terminaría siendo, a la larga, una gran desgracia (como Marx dijo que lo era ser un trabajador asalariado). La apariencia arraigó y la verdadera sustancia se perdió. La apariencia –es decir, el movimiento expresado simbólicamente– era su carácter antiautoritario. A su manera, funcionó. La sustancia era su carácter de revuelta. Esto no duró: en los individuos se extinguió y fue absorbido, en los grupos se desvió y envileció.

⁷ Raniero Panzieri, «Sette tesi sulla questione del controllo operaio», *Mondo Operaio*, febrero de 1958.

Quienes habíamos vivido las luchas de los obreros de fábrica a principios de la década de 1960 adoptamos ante las protestas estudiantiles una distancia simpática. No habíamos previsto un choque generacional, aunque en las fábricas habíamos conocido al nuevo estrato de trabajadores –sobre todo jóvenes inmigrantes del Sur– que eran activos y creativos, siempre tomando la iniciativa (desde luego si los comparamos con los obreros más viejos, que estaban agotados por las derrotas pasadas). Pero en las fábricas el vínculo entre padres e hijos todavía se sostenía; se rompió entre las clases medias. Fue un fenómeno interesante, pero no decisivo para cambiar el equilibrio estructural de fuerzas entre las clases. En Valle Giulia, en marzo de 1968, estuvimos con los estudiantes contra la policía –no como Pasolini–. Pero, al mismo tiempo, sabíamos que era una lucha dentro de las líneas del enemigo, al objeto de determinar quién estaría a cargo de la modernización. La vieja clase dominante, la generación de la guerra, estaba agotada. Una nueva elite empujaba para salir a la luz; una nueva clase dominante para el capitalismo globalizado que preparaba el futuro. La Guerra Fría se había convertido en un impedimento desde mucho tiempo antes; la crisis de la política, de los partidos y de «lo público» estaba encima de nosotros. El veneno de la «antipolítica» fue inyectado por primera vez en las venas de la sociedad por los movimientos de 1968. La maduración de la sociedad civil y la conquista de nuevos derechos transformaron la conciencia colectiva. Pero, ante todo, esas transformaciones fueron benéficas para el capitalismo italiano y su búsqueda de la modernidad. La reprivatización de todo el sistema de relaciones sociales comenzó con este periodo, que todavía no ha llegado a su fin.

Resultados paradójicos

La juventud extraordinaria de 1968 no comprendió –ni lo hicimos nosotros, aunque no tardaríamos en entenderlo– esta verdad: demoler la autoridad no implica automáticamente la liberación de la diversidad humana; podría implicar, y fue lo que sucedió, la libertad únicamente para los espíritus animales del capitalismo, que habían estado piafando incesantemente en la jaula de hierro del contrato social que el sistema había visto como una cura inevitable para los años de revolución, crisis y guerra. El año 1968 fue un ejemplo clásico de heterogénesis de los fines. El lema *ce n'est qu'un début* sólo podía tener éxito durante un periodo muy breve, sobre el telón de fondo de una erupción en todo el mundo occidental que constituyó la fuerza del movimiento. Cantar *la lutte continue* era ya un reconocimiento de la derrota.

A la larga la partida estaba perdida. La radicalización del discurso sobre la autonomía de lo político desde principios de la década de 1970 nació de ese fracaso de los movimientos insurreccionales, desde las luchas obreras a la revuelta juvenil, que abarcó la década de 1960. Lo que faltaba era la intervención decisiva de una fuerza organizada, que sólo podía proceder del movimiento obrero existente, esto es, los comunistas. Una iniciativa

concertada podría haber empujado a los partidos socialdemócratas reticentes a emprender una reconstrucción histórica para la cual los tiempos estaban maduros. Debíamos haber presionado para una nueva «política desde abajo» dentro de los movimientos de base para contrarrestar la deriva implícita hacia la antipolítica y, por lo tanto, para desbaratar el equilibrio de fuerzas sociales y políticas en vez de reestabilizarlo. En aquel momento, otro mundo era posible. Más tarde, y por mucho tiempo, no lo sería. La oportunidad no fue aprovechada, el momento efímero pasó y lo muerto volvió a imponerse sobre lo vivo. Los procesos reales derrotaron a los sujetos imaginarios. En algunos aspectos, las cosas fueron mejor en Estados Unidos que en Europa. Allí, el Goliat estadounidense fue humillado por el David vietnamita. Aquí, pasamos de la rebelión de París a la invasión de Praga, de los *Quaderni rossi* a los *nouveaux philosophes*, de Woodstock a Piazza Fontana, y de los *flower children* a los *anni di piombo*. «The times they are a' changing»: diez años después de 1968, los tiempos habían cambiado de verdad. La Comisión trilateral dictó los principios del nuevo orden mundial y su religión cívica.

En Italia, la época del *operaismo* clásico había terminado. *Classe operaia* tomó la polémica decisión de declarar agotado su proyecto. «No os suscribáis», dijo a sus lectores con su ironía característica en el último número, publicado en 1967, «nos vamos». ¿Qué papel habría jugado la «publicación mensual de los obreros en lucha» si hubiera seguido con vida durante los acontecimientos de 1968, con su núcleo compacto y prestigioso de activistas? ¿Podría haber influido en el movimiento, haberle ofrecido pistas, darle una orientación política? No lo creo. La decisión de dejar de publicarla se tomó para evitar el riesgo inminente de convertirse en un «grupúsculo», con todas las deformaciones típicas: minoritarismo, autorreferencialidad, jerarquización, «dobles capas», que inconscientemente imitan las prácticas del «Estado dual», etc. En el mejor de los casos, los pequeños grupos se veían conducidos inevitablemente a repetir los vicios de las grandes organizaciones. De esta suerte, no hubo continuidad entre el *operaismo* político y los movimientos potencialmente antipolíticos de 1968. Desde luego, sonreíamos cuando escuchábamos a la gente cantando «poder estudiantil», pero recuerdo nítidamente el momento en el que una manifestación estudiantil en el Corso en Roma lanzó de repente el grito de «poder obrero». En realidad, aunque el *operaismo* desconfiaba del 1968, este descubrió el *operaismo* y, mucho antes del «otoño caliente» de 1969. «Estudiantes y obreros, unidos en la lucha» fue un lema emocionante y movilizador, que ayudó a formar una generosa generación de militantes, todavía presentes silenciosamente en los poros de la sociedad civil.

Classe operaia cerró sus puertas justo cuando comenzaba el XI Congreso del PCI. Nunca hubo una coincidencia de opuestos más llamativa. En aquel momento yo estaba apartado de la actividad en el partido, pero la afiliación —concripción fruto del libre albedrío— estaba fuera de discusión: esto era así antes de la experiencia *operaista* y siguió siéndolo mientras *il partito* existió. Pero no nos involucramos en las agrias batallas por la di-

rección que tuvieron lugar en la cúpula tras la muerte de Togliatti. Estábamos contra Amendola, pero no a favor de Ingrao. No nos gustaba la idea de un único partido de izquierdas para Italia, que hubiera significado la explícita socialdemocratización del PCI. Pero por encima de todo combatimos a la derecha del partido sobre la cuestión de su análisis del capitalismo italiano. Planteábamos, en un verdadero estilo marxista, el concepto de neocapitalismo, que considerábamos un terreno de lucha más avanzado –y por lo tanto más productivo–, mientras que el otro bando tenía una concepción anticuada de la economía italiana, acompañada de una ortodoxia soviética igualmente atrasada. A su vez, el contexto internacional se había visto modificado por el comienzo de la *détente* de la Guerra Fría y la «coexistencia pacífica» entre los dos sistemas. El capital necesitaba una nueva leva de políticos profesionales, armados de una tradición cultural diferente –que todavía estaba por construir– y dotados de nuevas herramientas intelectuales. Esta sería una figura puesta al día para el neocapitalismo, una combinación de experto y político, capaz de operar hábilmente dentro de las contingencias del desorden por venir.

El «otoño caliente» italiano de 1969 fue un movimiento espontáneo: esta fue también su limitación, su carácter efímero que tendría como resultado su papel estructurador, a medio y largo plazo, de la modernización sin revolución. El *operaismo* fue, al menos en Italia, una de las premisas fundadoras de 1968; pero, al mismo tiempo, hizo una crítica sustancial por adelantado del 68. A su vez, 1969 corrigió muchas cosas y provocó mucha más alarma. Aquel fue el verdadero *annus mirabilis*. Mil novecientos sesenta y ocho nació en Berkeley y fue bautizado en París. Llegó a Italia todavía joven y, sin embargo, ya maduro, dispuesto a la acción entre los obreros y el PCI, exactamente donde nos habíamos colocado nosotros. El *operaismo* llevó a 1968 más allá de sus premisas. En 1969, la cuestión no era el antiautoritarismo, sino el anticapitalismo. Obreros y capital se encontraron físicamente cara a cara. Con el *autunno caldo*, los salarios ejercieron un efecto directo sobre las ganancias; el equilibrio de poder se desplazó a favor de los trabajadores y en menoscabo de los patronos. La idea de *lotta operaia* cobró una dimensión social general. Esto se puso de manifiesto en dos consecuencias derivadas del mismo. La primera, un salto de la conciencia social nacional y una apertura política para el consenso en torno al mayor partido de la oposición, que todavía se veía formalmente a sí mismo como el partido de la clase obrera. En segundo lugar, la violenta reacción del sistema, que utilizó todas sus estrategias defensivas, desde las concesiones legales al terrorismo de Estado, desde los servicios secretos al compromiso social. La respuesta agresiva del sistema a la sacudida administrada por el *autunno caldo* barrió al movimiento –o, lo que vino a ser lo mismo, le hizo cambiar de trayectoria–. Fue este segundo camino el que predominó, y del mismo se seguiría otra historia.

Todo esto estaba ya inscrito en la contradicción no resuelta entre luchas y organización –nuevas luchas y, por lo tanto, nueva organización– que había bloqueado el camino del *operaismo* en su primera fase. Todos los intentos de conectar con los cambios internos dentro del PCI a mediados

de la década de 1960 salieron mal. El «material humano» excepcional que desempeñó un papel tan importante en el experimento que fue el *operaismo* no estaba hecho, no estaba orgánicamente adaptado, a un juego político en el cual las propias hipótesis deben probarse en un terreno diferente del que uno mismo ha elegido. La idea de «dentro y contra» —ese principio sofisticado y tal vez demasiado complejo que se expresó en su forma clásica como *operaismo* político— fue incapaz de arraigar en individuos de carne y hueso; quedó como la afirmación de un método, indispensable para comprender pero ineficaz como base para la acción.

Años de plomo

La verdadera diferencia entre nuestro *operaismo* y el obrerismo formal del PCI reside en el concepto de la centralidad política de los obreros. Sostuvimos esta discusión hasta 1977, cuando organizamos una conferencia sobre «*operaismo e centralità operaia*» con Napolitano y Tortorella, en una Padua plomiza, sometida a las incursiones no pacifistas de los llamados *autonomi*⁸. No tomo aquí 1977 como una fecha de importancia crucial —una elección antes que un descuido—. Estoy de acuerdo en que, en comparación con 1968, 1977 tiene más peso político y marca un desplazamiento social más decisivo; buena parte de la relación negativa entre las nuevas generaciones y la política se resolvió aquí, en ese campo de batalla. Pero quisiera decir que el *operaismo* italiano de principios de la década de 1960 conducía en esa dirección. Vista desde el presente, *Classe operaia* estaba más cerca de *Quaderni rossi* que del *Potere operaio* de Negri, o de todos aquellos que llegarían a participar en *autonomia operaia*. La línea divisoria precisa fue la siguiente: aquellos dos proyectos iniciales, primero revista y luego diario, se propusieron estar críticamente dentro del movimiento obrero, mientras que las últimas tentativas —basadas más en la autoorganización— se colocaron peligrosamente contra aquel movimiento. La inteligencia de Toni Negri es manifiesta en la teoría de la transición del «obrero masa» al *operaio sociale*⁹, pero para entonces el daño práctico ya estaba hecho, y un violento derroche de recursos humanos se había pasado desesperadamente al bando equivocado.

Negri desempeñó un papel clave en la experiencia de *Classe operaia*; fue decisivo para el nacimiento de la publicación y luego para el trabajo editorial y la distribución. Con los pies firmemente implantados en el lugar estratégico de Porto Marghera, detectó los cambios y dio forma a su posición. La experiencia del obrero fordista-taylorista —y la crítica posterior de aquella figura— está en el origen de toda su investigación posterior. «Obreros sin aliados», proclamaba el título de *Classe operaia* en marzo de 1964, que con-

⁸ Para las actas de la conferencia, véase Mario Tronti *et al.*, *Operaismo e centralità operaia*, Roma, Editori Riuniti, 1978.

⁹ Antonio Negri, *Dall'operaio massa all'operaio sociale: intervista sull'operaismo*, Milán, Multhipla, 1979.

tenía un editorial de Negri. Era un error. No cabe duda de que el sistema de alianzas —empleados, clases medias, la Emilia roja— que el movimiento obrero oficial había construido a partir de un precapitalismo avanzado tenía que ser criticado y combatido. Pero un nuevo sistema de alianzas estaba saliendo a la luz dentro del capitalismo desarrollado, con los nuevos profesionales que surgían del contexto de la producción de masas, la consiguiente expansión del mercado y la extensión del consumo, así como las transformaciones civiles y los cambios culturales que se estaban produciendo en el país. Todas ellas fueron las modalidades en que los obreros de 1962 anticiparon la modernización de 1968 y la naciente posmodernidad de 1977.

Lo que vino después fue la historia paradójica de una derrota generalizada, salpicada de ilusorias victorias a pequeña escala. Y así continuó hasta finales de la década de 1980, cuando todos se vieron forzados a comprender hasta dónde les había llevado la historia. La dirección del PCI sufrió, de modo subordinado, el mismo destino que las clases dominantes del país. La modernización exigía la transmisión del testigo de las generaciones de la guerra y la resistencia a las generaciones de la paz y el desarrollo. Los movimientos del 68 suministraron un nuevo personal para esa entrega. Lo que sucedió en el partido fue lo que sucedió en los círculos de poder: una nueva clase política no había nacido; antes bien, en su lugar, surgió una nueva clase administrativa, siempre directiva, en los ámbitos tanto del gobierno como de la oposición. Toda el periodo de liderazgo de Berlinguer —tanto con el compromiso histórico como con su alternativa— demostró no haber sido más que un tumultuoso periodo de defensa, que alineó al *popolo comunista* para contener y reducir el ímpetu de la marea burguesa. Pero para entonces poco más podía hacerse. En el último acto de la tragedia, el Partido Comunista fue rebautizado como Partido Democrático de la Izquierda. Después vino la farsa, cuando hasta la palabra «partido» desapareció, bajo la presión del populismo antipolítico. Ya no había más barreras. Solo la marea.

Desde la década de 1980 en adelante, la restauración neoliberal capitalista minó la capacidad de oposición de los trabajadores. Con la rotura del eslabón más débil de la cadena anticapitalista —el Estado soviético— ya no hubo manera de impedir que el poder hegemónico de vuelta se hiciera con el poder absoluto. El dominio del capital nuevamente proclamado no sólo era económico sino social, político y cultural. Era al mismo tiempo teórico e ideológico, una combinación de sentido común intelectual y de masas. Sin embargo, vale la pena hacer hincapié en un hecho final: mientras el horizonte poscapitalista permaneció abierto, la lucha para introducir elementos de justicia social dentro del capitalismo obtuvo algún éxito. Una vez que el proyecto revolucionario fue derrotado, el programa reformista se tornó imposible a su vez. En este sentido, la forma última de capitalismo neoliberal podría terminar siendo irónicamente parecida a las formas finales del socialismo de Estado: incapaz de ser reformada.